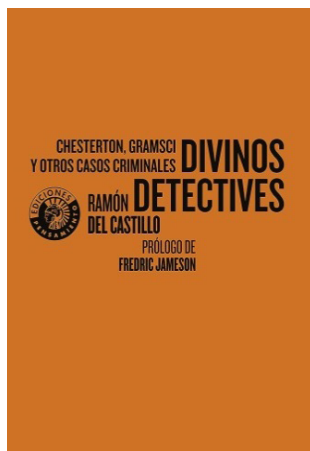


Divinos detectives: Chesterton, Gramsci y otros casos criminales.

RAMÓN DEL CASTILLO



Divinos Detectives: Chesterton, Gramsci y otros casos criminales es una investigación atípica sobre la novela detectivesca. Su autor, el filósofo Ramón del Castillo, confiesa que, sin alabar el gusto al género, tampoco había previsto el abordaje del mismo. Sin embargo, prologado por Frederic Jameson, del Castillo se asoma al género detectivesco con detallada atención, tal como demuestra la cuantía y riqueza de las anotaciones y el volumen bibliográfico manejado. Sin ceñirse a un orden temático concreto ni limitarse al análisis filosófico que dialoga con la sociología y la teoría de la literatura, el escrito practica un análisis del género detectivesco desde su lugar en el entramado de relaciones sociales, políticas y culturales de la modernidad, estudiando el valor literario –qué distingue a la novela policiaca–, cognoscitivo –qué podemos conocer a partir de la novela policiaca– y estético-existencial –por qué nos gusta la novela policiaca– que puede extraerse de su lectura. Sin crear una teoría *ex novo*, pero tampoco cayendo en la mera exposición, del Castillo (se) enfrenta y dialoga con las tesis de los más reconocidos

comentaristas del género policiaco del siglo XX, de Lukács a Caillois y pasando por Hoveyda, deteniéndose en Gramsci y Chesterton.

¿Qué es, sin embargo, la novela policiaca? Del Castillo propone una respuesta comparativa. Para el autor, desde Piglia y Camilo Hernández, la reforma del juego entre realidad y fantasía que distingue al género detectivesco del gótico constituye un elemento decisivo para entender las reglas y el pacto narrativo de la novela-enigma. Si bien el policiaco expulsa lo sobrenatural –o, al menos, siguiendo a Chesterton, cualquier intervención que no sea naturalizable–, el desencantamiento mantiene una idea central común, a saber, que existe un universo aún más tenebroso que el mundo cotidiano y que irrumpe en este de manera excepcional (pero solidario con las leyes de la naturaleza, la conducta humana y accesible al ingenio humano). El cambio en los espacios del crimen es otro elemento crucial de la novela-enigma: la muerte –materializada en el cadáver– y el mal –ya como una cualidad netamente humana– se trasladan del espacio remoto del castillo o la aldea montañosa a los espacios cotidianos de la comunidad para campar a sus anchas. La estructura narrativa del género, comparte junto a Auden y Chesterton, responde a una administración del espacio y el tiempo muy concreta que responde a las unidades de acción del teatro clásico y que lo distinguen de la novela negra o el género de aventuras: el desarrollo de una buena novela avanza hacia su conclusión sin ramificarse en elementos narrativos como personajes secundarios o subtramas. La acción debe desarrollarse en unos pocos emplazamientos domésticos y en una estrecha comunidad cerrada de sospechosos personajes.

Sin embargo, el verdadero misterio, que tantos comentaristas no logran dilucidar, es el motivo del éxito de las novelas policiacas, que está estrechamente ligado a su disputado tema principal. Lo que es seguro es que no se limita a la “misión original” de la novela a la que devolvería el género policiaco, afirma del Castillo, de contar una historia por puro entretenimiento: va mucho más allá. A primera vista podría parecer que el tema de la novela-enigma no radica, como en la de aventuras, en el embate infinito entre las fuerzas del bien y el mal, sino en el asombro generado por el despliegue de la pericia intelectual del detective en la resolución de un problema aparentemente inexplicable, en el “espectáculo de la razón en acción”. Como señala Lukács, en la novela-enigma los síntomas sociales del crimen, mirados bajo la óptica de la ideología securitaria detectivesca, son resueltos por el investigador sabelotodo –un héroe que ya no defiende a los pobres, sino la propiedad de los ricos, a veces incluso contra la propia policía– que no precisa de otro recurso que su inteligencia para restaurar el orden de la sociedad burguesa. El género detectivesco trataría, de acuerdo con Hoveyda, del desvelamiento de las inversiones dialécticas que disfrazan los hechos de apariencias, los culpables de inocentes y los personajes

perversos de ciudadanos respetables. Esta confusión esencial, como ha sabido ver Caillois, impide al lector distinguir nítidamente a los amigos de los enemigos del bien. Precisamente, lo reconfortante de la novela policiaca residiría, siguiendo a Brecht, en las posibilidades que la narración ofrece al lector de desvelar las inversiones junto al detective. Y lo más importante para del Castillo: para el alemán las novelas proporcionan un alivio literario a la crisis de agencia que sufren los individuos en la compleja sociedad moderna. Adoptar el papel de detectives nos hace copartícipes de una epistemología capaz de reducir las relaciones humanas a una serie de causalidades sencillas, creando la fantasía de que existe un universo social es cognoscible. Mandel se hizo eco de una crítica alemana reduciendo el éxito de la novela-enigma a cierta epistemología burguesa de la que las tensiones sociales serían reducidas a misterios. Contra esta percepción errónea, del Castillo reivindica el contenido crítico de la novela de Chesterton. Al contrario de lo estipulado por Mandel, la moral católica de Padre Brown no es necesariamente compatible con la moral burguesa dominante, sino todo lo contrario: en diversos cuentos, el religioso se inmiscuye en los entresijos del mundo financiero para desvelar las complicidades entre capital y sindicato del crimen, clama contra los ricos e incluso defiende a comunistas de sus falsas acusaciones. Además, el autor rescata un ensayo poco conocido —una muestra del eficaz trabajo de archivo de del Castillo— del escritor inglés de 1933 *-Sobre las grandes organizaciones* en el que alude explícitamente a la capacidad del relato detectivesco de criticar a distintas instituciones (empezando por la policía), desde el clasismo del sistema judicial y a la obsesión positivista por la patologización de la conducta criminal (que habría contribuido al propio esfuerzo teórico-político de Gramsci, aporta del Castillo).

Y a pesar de todo, afirma el autor, la insistida función de la novela como reflejo epistémico-existencial de la sociedad capitalista no agota el análisis, aunque destacará el valor cognoscitivo que Gramsci otorga a la novela como acceso al espíritu de la cultura de masas. Precisamente por ello, del Castillo se ocupa extensamente de desmitificar la rígida distinción que Gramsci traza entre la teología-epistemología de Padre Brown y Sherlock Holmes, así como las imprecisiones que atañen sus respectivos métodos. Sherlock representaría el *clerc* de la modernidad protestante que encarnaría la autosuficiencia del proceso racional, aunque es producto del mito popular sobre el funcionamiento de la razón pura: en realidad, Holmes se vale usualmente de la probabilística y la psicología de la personalidad. El católico Padre Brown —preferido por Gramsci por la profundidad antropológica de sus observaciones y en el que observa una apología del catolicismo romano— encarnaría un “método” —ni tan moderno ni tan científico— asociado a la comprensión del motivo del acto, pero no a la simple empatía. El personaje de Chesterton se vale de sus

habilidades psicológicas, cultivadas en la experimentada práctica de la confesión y la guía espiritual, para explorar las profundidades del psique humano, solicitando en ocasiones el uso de la imaginación. El Padre Brown resuelve el asesinato *desde dentro*, reconstruyendo el acto en transposición con la mente del asesino, alineándose con sus motivaciones y su estado psíquico en el momento de la decisión fatal, convirtiéndose él mismo en el asesino.

Matizando de nuevo a Gramsci, que erró pensando al Padre Brown como una parodia del detective racionalista, del Castillo interpreta los famosos cuentos de Chesterton como una resituación alegórica de la moral, en el núcleo de significado de la novela policiaca, bajo la forma de parábola: este es, y no la trillada contraposición entre las culturas latina (empática) y sajona (racionalista), como crítica a Ska, la verdadera distinción entre Sherlock y Brown. El interés del género radica para Chesterton, por consiguiente, en la aparente ambigüedad moral que encierran los personajes, solo despejada cuando el análisis conductual saca a relucir la maldad oculta del asesino. El inglés no desprecia el placer contenido en el problema puramente lógico: revelar la causa eficiente en el puro embate intelectual entre detective y asesino, tienen su interés narrativo. Pero eso se lo deja a Doyle, a quien, empero —y contra el criterio de Gramsci— reconoce el talento literario de haber construido un personaje auténtico e hiperbólico como Sherlock Holmes. Para Chesterton (y probablemente también para del Castillo), no hay nada comparable a la inmersión psicológica en la mente criminal y el esclarecimiento de los motivos que llevan a un sujeto [(in)moral] a tomar la decisión voluntaria y fatal de segar una vida inocente. Precisamente en la experiencia límite de la muerte es que la novela-enigma despier-ta el interés del lector, ahí donde el esclarecimiento de la conducta moral —de los malvados motivos ocultos— se convierte(n) en el elemento decisivo para resolver el misterio, indistinguiblemente humano, del asesinato.

ASIER LEÓN NÚÑEZ